



Conspiracionismo fuerte, conspiracionismo débil

Una mirada interdisciplinar al universo conspirativo

Conspiracionisme fort, conspiracionisme dèbil. Una mirada interdisciplinar a l'univers conspiratiu

Strong Conspiracism, Weak Conspiracism. An Interdisciplinary Look at the Conspiracy Universe

Javier López Alós¹ 

Investigador independiente
lopezalos@gmail.com

Andrés Bernstein Darder² 

Universitat de les Illes Balears
andres-silvano.bernstein@uib.cat

Jon Ureña Salcedo 

Universidad Complutense de Madrid
jonurena@ucm.es

Recibido: 02/07/2024

Aceptado: 18/11/2024

Publicado: 01/2025

¹ Este artículo se enmarca dentro del proyecto del Ministerio de Ciencia e Innovación "PRECARITY-LAB: Precariedad Laboral, Cuerpo y Vida Dañada. Una investigación de filosofía social" (PID2019-105803GB-100), así como del Programa Interuniversitario en Cultura de la Legalidad (H2019-HUM-5699), financiado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo

² Este trabajo se sustenta en el proyecto: PID2021-127214OB, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ERDF "Una Forma de Hacer Europa".



Resumen

Tanto las conspiraciones como las teorías de la conspiración se han convertido en herramientas habituales para la interpretación de los fenómenos sociales y políticos contemporáneos. El artículo propone un acercamiento interdisciplinar a la cuestión del conspiracionismo a fin de estimular la reflexión y contribuir a una comprensión amplia y profunda del mismo. En primer lugar, planteamos la necesidad de un esfuerzo de precisión conceptual y semántica que permita distinguir entre términos pertenecientes al universo conspiracionista (conspiración, conjura, conspiranoia, conspiracionismo), así como su compleja relación con otros conceptos relevantes (ignorancia, transparencia). En segundo lugar, nos aproximamos a los elementos más significativos con los que operan de forma explícita o implícita los discursos conspiracionistas (élite, despiertos, dormidos, estructura impersonal), tratando de abordar la particular concepción del poder, las élites o la responsabilidad que se derivan de ellos. Por último, se aborda la dimensión compensatoria y atrayente de las teorías de la conspiración en relación con una serie de sesgos cognitivos (confirmación, proporcionalidad, reconocimiento de patrones, falacia conjuntiva), proponiendo la distinción entre formas fuertes y débiles de conspiracionismo.

Palabras clave

teorías de la conspiración, conspiracionismo, transparencia, élites, sesgos cognitivos.

Resum

Tant les conspiracions com les teories de la conspiració s'han convertit en eines habituals per a la interpretació dels fenòmens socials i polítics contemporanis. L'article proposa un acostament interdisciplinari a la qüestió del conspiracionisme a fi d'estimular la reflexió i contribuir a una comprensió àmplia i profunda d'aquest. En primer lloc, plantejem la necessitat d'un esforç de precisió conceptual i semàntica que permeti distingir entre termes pertanyents a l'univers conspiracionista (conspiració, conjura, conspiranoia, conspiracionisme), així com la seva complexa relació amb altres conceptes rellevants (ignorància, transparència). En segon lloc, ens aproximem als elements més significatius amb els quals operen de manera explícita o implícita els discursos conspiracionistes (elit, desperts, adormits, estructura impersonal), tractant d'abordar la particular concepció del poder, les elits o la responsabilitat que es deriven d'ells. Finalment, s'aborda la dimensió compensatòria i atraient de les teories de la conspiració en relació a una sèrie de biaixos cognitius (confirmació, proporcionalitat, reconeixement de patrons, fal·làcia conjuntiva), proposant la distinció entre formes fortes i febles de conspiracionisme.

Paraules clau

Teories de la conspiració, conspiracionisme, transparència, elits, biaixos cognitius.

Abstract

Conspiracies and conspiracy theories have become usual tools for the interpretation of contemporary social and political phenomena. This article proposes an interdisciplinary approach to conspiracism with the aim of contributing to a deeper and more thorough understanding of this phenomenon, while inviting its readers to reflect on it. First, we put forward the need for a conceptual and semantic effort that allows for a clear distinction between the terms related to the conspiracist universe (conspiracy, plot, conspiranoia, conspiracism), as well as their complex relationship with other relevant concepts (ignorance, transparency). Second, we delve into the most significant implicit or explicit elements with which conspiracist narratives operate, by paying special attention to their unique conception of power, the elites and their relationship to accountability. Finally, we consider the compensatory and appealing dimension of conspiracy theories in connection to a number of cognitive biases (confirmation, proportionality, pattern recognition, the conjunctive fallacy) defending the need for a distinction between strong and weak conspiracist worldviews.

Keywords

Conspiracy Theories, Conspiracism, Transparency, Elites, Cognitive Biases.

1. INTRODUCCIÓN

Las conspiraciones se han convertido en un factor de primer orden en la interpretación de los fenómenos sociales contemporáneos. Para muchas personas, las realidades históricas que vivimos son el resultado de una serie de planes y decisiones de índole complotista, siempre de carácter minoritario y opuesto a los intereses y derechos de un resto a su merced. A su vez, no son pocas las que consideran que la extensión y predicamento de esas creencias, conocidas como teorías de la conspiración, constituyen ya uno de los vectores más relevantes del funcionamiento político de nuestras sociedades y, en particular, de la democracia, hasta el punto de ponerla en peligro (Ramonet, 2022). Algunas de las aproximaciones más interesantes a la cuestión han descrito las teorías de la conspiración como:

a) formas degradadas de mapeo cognitivo (Jameson, 1998: 347-358) y estrategias epistemológicas de urgencia para tratar con un mundo en acelerada transformación y con cuestiones complejas que no permiten o dificultan otro tipo de tratamiento (Knight, 2000: 8);

b) como mecanismos de creación, fortalecimiento o protección identitaria y discursos que encuadran y compactan visiones políticas y sociales más amplias (Leone, Madisson y Ventsel, 2020: 43-55);

c) como dispositivos capaces de excitar un deseo circular y obsesivo de desvelamiento, siempre insatisfecho, pero en constante movimiento y reposición (Fenster, 2008).

Por otra parte, la distinción entre quienes se relacionan con las conspiraciones como proveedoras de sentido (a) o como objeto de estudio a partir del grado de plausibilidad que obtienen (b y c), ha de señalarse, tiene un fundamento más analítico que empírico. No en vano, incluso es factible sostener la dimensión de conjura que tiene la producción masiva de teorías de la conspiración. Parece correcto, por tanto, considerar una mirada amplia que atienda a diversos tipos de enfoque para una comprensión certera de lo que hay en juego a partir de la interacción de las teorías de la conspiración con la subjetividad, la sociedad, la política o la cultura contemporáneas. Por esta razón proponemos una mirada interdisciplinar desde la sociología, la filosofía y la psicología cognitiva. La reflexión metodológica que aquí proponemos tiene como objetivo ofrecer herramientas intelectuales para pensar (comprender, interpretar y, en su caso, actuar al respecto) los objetos y los sujetos del cosmos conspirativo. En primer lugar, esta tarea demanda un trabajo conceptual preciso que explicita de qué estamos hablando en cada momento y por qué, de suerte

que, mediante el ejercicio de la comparación, podamos detectar afinidades, continuidades y diferencias entre los casos (Moreira, 2023). En consecuencia, y aunque por razones de espacio no la podamos desarrollar aquí, esto invita también a una mirada histórica sobre el objeto para captar así la especificidad del fenómeno en el presente. Tras presentar un análisis del campo semántico de la conspiración, abordaremos la relación del conspiracionismo con el problema del conocimiento o ignorancia de la verdad, profundizando a continuación en su potencial social y políticamente reificador. Asimismo, prestaremos especial atención a las dimensiones subjetivas del conspiracionismo, a fin de comprender tanto los sesgos cognitivos como el aspecto libidinal de la creencia y unas retribuciones emocionales clave en el éxito social del discurso conspiracionista. A partir del tipo de relaciones entre el sujeto y las conspiraciones, concluiremos la distinción entre dos grados de conspiracionismo.

2. Semántica de la conspiración

Empecemos por ofrecer una definición de conspiración. Una conspiración es un conjunto de acciones concertadas y secretas con el objetivo de reducir, contrarrestar o anular el poder de otro u otros. Echando mano de la etimología, podemos añadir que la *conspiratio* es una respiración con un objetivo común, una reunión de quienes comparten un propósito determinado y, para poder llevarlo a cabo, deben respirar juntos, sí, pero sin que se les oiga. Las conjuras y los complots son modalidades específicas de la conspiración. En el caso de la conjura, ese respirar en común está sancionado por un juramento, sus participantes se encuentran empeñados en la causa y comprometidos también entre sí por medio de la palabra dada. La conjura, por tanto, tiene un marco de responsabilidades y reciprocidad bastante acotado: qué se espera de uno y qué espera uno de los demás. En cuanto al complot, el término incorpora una connotación de ilicitud y subversión, por lo que se le asocia a objetivos políticos y sociales muy concretos. Por eso, la temporalidad del complot es más breve, sus resultados más visibles y sus vínculos más débiles: los lazos tienen que ver con la ejecución de un plan específico para una acción determinada, esto es importante, *contra* algo o alguien.

Asimismo, procede aclarar qué entendemos por *conspiranoia* y por qué preferimos *conspiracionismo* a este popular término. A lo largo de la historia, podemos encontrar numerosos ejemplos de toda suerte de maquinaciones operadas en secreto con el fin de alterar el equilibrio de fuerzas o las relaciones de poder existentes en un momento dado (Castillón, 2006). Incluso en la vida cotidiana, en ámbitos ajenos al poder estatal, como un centro de trabajo o una agrupación deportiva, podemos conocer que se arreglan movimientos no declarados con la intención de modificar la posición sistémica de los actores y obtener alguna ventaja. Sabemos que las

conspiraciones existen. La cuestión es el tipo de relación que establecemos con ellas, el lugar o el ascendiente que les otorgamos en nuestra comprensión de la realidad. Ahí es donde cobran importancia conceptos como conspiranoia o conspiracionismo, que conviene delimitar.

Tanto conspiranoia como conspiracionismo apuntan a un desborde de la conspiración como hecho singular. En ambos casos, la conspiración se convierte en una dinámica, un mecanismo que mueve y reorganiza las relaciones de los objetos existentes en el espacio. Ahora bien, hay diferencias importantes. Conspiranoia es un término peyorativo, con una intención más denigrativa que descriptiva. Introduce una valoración que excluye el juicio concreto sobre una proposición y desacredita como irracional todo un conjunto. La conspiranoia implica una interpretación patologizante de la relación con el objeto conspiración (Hofstadter, 2012). El conspiranoico, entonces, sería un sujeto con rasgos psíquicos enfermizos, proclive al delirio psicótico y a la paranoia. Desde nuestro punto de vista, este enfoque presenta varios problemas:

- 1) renuncia a reconocer los elementos perfectamente racionales del fenómeno;
- 2) trata con desdén y condescendencia a quienes de un modo u otro participan de él;
- 3) la incomprensión y el desprecio redundan en un reforzamiento de esas creencias y del movimiento en sí;
- 4) es incapaz de dar cuenta de la complejidad de un fenómeno que tiene dimensiones históricas, culturales y sociales que van más allá del diagnóstico individual;
- 5) por último, es un apelativo que consolida y acrecienta la posición simbólica de quien cuenta con el poder de cometer la conspiración: si todo aquel que duda o desconfía de la acción de sus gobernantes, instituciones o líderes (económicos, políticos o sociales) es un conspiranoico, la descalificación acrítica deja vía libre para un ejercicio del poder que inmune al cuestionamiento.

Por el contrario, conspiracionismo sí se adecua a una perspectiva sociohistórica, sin menoscabo de su compatibilidad con miradas desde otros lugares. El lexema – *ismo* no sólo indica movimiento, sino movimiento en el que su acción interpretativa aspira a causar nuevos cambios (Koselleck, 1993). En otras palabras, el conspiracionismo, con independencia de la veracidad de sus contenidos, produce la realidad. En el plano explicativo, su relación con la realidad puede ser más que lateral o deficitaria; sin embargo, como veremos más adelante, exhibe una extraordinaria

capacidad performativa. De ésta pueden resultar las teorías más descabelladas, extravagantes, absurdas y en todo caso falsas que quepa imaginar, pero cuyo funcionamiento último no podemos entender desde la categoría de delirio. En este sentido y por chocante que pueda parecer, el conspiracionismo adopta una ontología hiperrealista. Porque no sólo se postulan teorías, sino la existencia de hechos, y esto es lo decisivo, que dan lugar a esas teorías. El conspiracionismo, pues, opera a partir de una realidad aumentada que ha de ser posteriormente reintegrada en la propia comprensión de la realidad y que responde también a la necesidad de que ésta se ajuste con el mundo.

El invento o fabricación de teorías, así como la postulación de *hechos alternativos*, son procedimientos de expansión de la realidad. Además, esta estructura es *necesariamente* dinámica, no tiene posibilidad de detenerse y adapta constantemente sus contenidos en función de los marcos. El conspiracionismo podría entonces definirse como una articulación dinámica de las teorías de la conspiración caracterizada por la renovación funcional de sus materiales narrativos y la permanencia de la idea de conspiración como principio organizador de la realidad. Esta combinación entre un núcleo constante y unos contornos extraordinariamente mutables y variables coincide con la *técnica* del mito.³ Esta mezcla habilita que, así como los mitos son siempre reconocibles y capaces de adaptarse nuevamente a distintos contextos (Blumenberg, 2003: 41), el conspiracionismo pueda movilizar las mismas teorías en escenarios sociales, políticos y culturales extremadamente variados e incluso aparentemente incompatibles entre sí (como en el caso de las teorías conspirativas antipapales que medran tanto en culturas protestantes como profundamente católicas). No es una simbolización de algún aspecto de la vida, sino que aspira a ser descripción de, al menos, partes muy significativas de la estructura del mundo. Así, el conspiracionismo, es una forma de entender y explicar los hechos del mundo, particularmente los de índole sociohistórica, a partir de la intervención de conspiraciones: cuáles sean éstas, su consistencia o duración son detalles secundarios, pues lo fundamental es que, en todo caso, siempre hay una conspiración (o más bien

³ Con todo, merece la pena también señalar alguna diferencia importante. Hans Blumenberg (2003) señala que una de las funciones del mito consiste en fragmentar y dividir la realidad y, por tanto, rebajar y despotenciar su absolutismo. En una dirección contraria, las teorías de la conspiración conectan y unifican. Afirmar que todo está conectado es una de las características fundamentales de las teorías de la conspiración según Barkun (2013). Por ejemplo, para el conspiracionista, las divisiones de la vida política no son más que aparentes (nada es lo que parece es otra de las características para este autor) y sirven a los mismos intereses ocultos. Además, mientras la opacidad de la realidad es un aspecto relevante en el universo conspirativo, precisamente Blumenberg habla de un “bloque de poderío opaco –que estaba sobre el hombre y contra el hombre–” (2003: 21) para referirse al absolutismo de la realidad que la técnica del mito se esfuerza en dividir. De todo lo cual se concluye que, mientras el mito tiene la función de restar potencia a aquello que está “sobre el hombre y contra el hombre”, las teorías de la conspiración inflan la potencia y las cualidades de la élite secreta que amenaza a la mayoría (en caso extremo, llegando a cualidades sobrenaturales o desconocidas tecnologías avanzadas).

varias) que invocar y que demuestran la existencia de poderes ocultos que traman contra los intereses legítimos de una mayoría ignorante.

3. Conspiracionismo, ignorancia y transparencia

Merece la pena incidir en la peculiar relación entre conspiracionismo e ignorancia. Desde luego, para quien cree en una conspiración (o se explica el mundo a través de ellas), todo aquel que no participe de ese conocimiento clave es, por definición, ignorante de *lo que realmente importa*. Pero, a su vez, forma parte del desdén al que más arriba hacíamos referencia, tildar al conspiracionista (aún más cuando se emplea la palabra conspiranoico) de ignorante, pues desconoce o no hace caso de lo que generalmente se da por sabido o establecido, o las pruebas *a contrarii* que demuestran la falsedad de la teoría. Sin embargo, si tenemos en cuenta lo que acabamos de ver sobre los hechos y la producción de realidad, el apelativo es aún más inoportuno. De hecho, en muchos casos cabe hablar, más que de ignorancia, de una omisión voluntaria de aquello que en efecto se conoce, pero que se considera irrelevante o inconsistente con la verdad que se cree. Ésta es una de las causas por las que es perfectamente posible (y hasta frecuente) que personas con gran formación tiendan a considerar marcos conspiracionistas. Por tanto, no debe extrañar que, por su mayor capacidad de manejar información y hacerla congruente con sus creencias o visión de la realidad, a menudo personas con un mayor grado de sofisticación política, cultural o científica recurran al mecanismo cognitivo conocido como *razonamiento motivado*, es decir, a un consumo de información realizado con la motivación de llegar a una conclusión deseada mediante la confirmación de creencias previas o el rechazo de la información que las cuestione (Kunda, 1990, 480). Las creencias, al fin y al cabo, no dependen sólo de la información disponible, y la relación con ésta y con los datos particulares está mediada por factores de toda índole, incluidos los emocionales.

Uno de los rasgos definatorios del universo conspirativo es el de la falta de claridad: la confusión, el camuflaje, la apariencia contrapuesta a la verdad, favorecen el éxito de la conspiración, pero también el de las teorías de la conspiración y su transformación en modelo explicativo de la realidad. A su vez, también ha sido documentada la paradójica relación entre conspiración y transparencia (West y Sanders, 2003). En esta línea, autores como Sunstein y Vermeule (2009) estudian cómo las teorías de la conspiración son más proclives a diseminarse en sociedades dominadas por la opacidad de la tiranía y en países no democráticos con escasa transparencia. Sin embargo, por otro lado, observamos que la paradoja parece radicar en

que ahora que se considera que la información y la opinión son más libres o abiertas que nunca, las teorías han proliferado de manera extrema.

A medida que *transparencia* se ha convertido en un término habitual en el ámbito del gobierno y la política, el mundo parece haberse vuelto más opaco, lo cual ha sido relacionado con un incremento del pensamiento conspirativo alrededor del mundo. De este modo, investigadores como Rabo han identificado que tanto claridad como opacidad están presentes allí donde proliferan las explicaciones conspirativas para articular las experiencias de privación, de desigualdad o el infortunio personal: a pesar de que los mecanismos del poder quedan ocultos, para muchas personas está claro lo que está ocurriendo. La opacidad cae del lado de la conspiración y el aporte de claridad del de la teoría de la conspiración (Rabo, 2020: 87-88). Por lo demás, desde otro lugar, Byung-Chul Han señala asimismo ese carácter paradójico en *La sociedad de la transparencia*: sólo la opacidad de los cuerpos permite distinguirlos. Si todo es transparente, no vemos nada. La promesa de transparencia, entonces, genera una expectativa de visión y conocimiento que es constitutivamente imposible (Han, 2013).

4. Discurso conspiracionista y élites

Las paradojas que presenta el conspiracionismo con respecto a pares de términos habitualmente asociados a él, como pueden ser ignorancia/saber u opacidad/transparencia, parecen sugerir cierta cualidad compensatoria desde el punto de vista funcional. No por casualidad y según se ampliará posteriormente, gran parte del atractivo del conspiracionismo tiene que ver con la capacidad compensatoria de las teorías conspirativas con respecto a una serie de afectos, deseos o temores. En última instancia, siempre suponen una compensación frente a la inestabilidad, la incertidumbre y la tiranía de los hechos. Al estudiar las teorías conspirativas, cabe convenir la existencia de una relación compleja entre minoría y mayoría. Primero, existe una élite (parcialmente) oculta y secretamente organizada, la cual puede poseer flancos visibles o elementos de nexo con lo visible y conocido, pero siempre apuntando hacia un núcleo oculto, que opera fuera de toda vigilancia o fiscalización (en no pocas ocasiones, fuera del planeta, fuera del tiempo o en extrañas dimensiones).⁴ En definitiva, las descripciones conspirativas respecto de la élite no sólo pueden tener un armazón realista, un núcleo oculto pero rodeado de un límite que toca con lo conocido, sino que, de hecho, algún grado de correspondencia fáctica, por superficial que éste sea, las vuelve más eficaces en cuanto a su performatividad. En cualquier caso, en el

⁴ Algo parecido observaba Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* al hablar de “zonas llagadas” en relación con la propaganda, esas zonas las que incorporan un nexo entre veracidad y experiencia real (Arendt, 1998: 289).

discurso conspiracionista, es ese lugar opaco la verdadera sede del poder, del saber y de la organización de la élite.

Con arreglo a tales esquemas, esta élite, casi omnipotente, opera secretamente para conseguir sus objetivos a expensas del bienestar de una mayoría inocente, lo que sugiere, además, que dicha élite es culpable, responsable del mal. En segundo lugar, y en oposición a esta élite, se encuentra la mayoría de la población, caracterizada por los rasgos de la ignorancia, la inocencia y la impotencia. Sin embargo, si de lo que se trata es de trascender la mera definición e indagar en el funcionamiento de la teoría de la conspiración, es interesante atender a la complejidad que plantea el discurso conspiracionista más allá de la letra del relato. Así, en tercer lugar, parece certero constatar que, en el seno de esta mayoría, se genera una minoría *despierta* que se erige por encima del resto y que es capaz de desentrañar parcialmente la conspiración de la que es víctima la mayoría, a la cual pertenece y de la cual, simultáneamente, se diferencia. Una operación que desde el punto de vista formal cabe calificar como un caso de autofagia (el argumento por el que sostengo que me doy cuenta de la realidad de las cosas impugna la regla general según la cual somos engañados todo el tiempo) o de autoexclusión (al describir una totalidad de la que me reconozco parte como si no perteneciera a ella), y que tiene efectos sociales muy relevantes.

Los despiertos son parte de la mayoría dominada por la élite secreta y por lo tanto se enfrentan individualmente a ella, pero al mismo tiempo, al significarse como conscientes del engaño, tienen una relación problemática con el resto de la mayoría que no se adhiere, o se opone, a su relato conspiracionista: por un lado, se sienten imbuidos de una misión pastoral de desvelamiento hacia los *dormidos*; sin embargo, por otro lado, desprecian a éstos que se resisten a despertar, pudiendo llegar incluso a caracterizarlos como agentes o cooperadores, conscientes o no, de aquella élite oculta. Esto es lo que se denomina *efecto de autosellado* (Sunstein y Vermeule, 2009), la tendencia que tiene la minoría despierta a desconfiar de todo aquel que rechaza sus postulados, de forma que se les atribuye ser parte de la conspiración o trabajar para ella. De esta división en el interior de la mayoría víctima de la conspiración se puede intuir ya un mecanismo de diferenciación elitista de la subjetividad conspiracionista con respecto al grueso de la mayoría que recela o rechaza sus explicaciones, a la vez que un sentido de pertenencia a la comunidad de los despiertos: la aristocracia moral de los que se atreven a saber frente a la crédula docilidad de quienes se conforman con el relato oficial.

Existen estudios que vinculan este tipo de subjetividad a variables psicológicas como el narcisismo individual o colectivo, la necesidad de sentirse único a la vez que conectado (Cichocka et al., 2022). De hecho, el sentimiento narcisista de ser excepcional a la vez que incomprendido está íntimamente ligada a la comunidad de los despiertos y su distancia de la masa dormida a la que acabamos de referirnos. No

obstante, es preciso matizar este particular modo de diferenciación elitista: de entrada, conviene tener en cuenta que más de la mitad de la población cree en al menos una teoría de la conspiración (Smallpage et al., 2020) y que la mayoría de las personas, en algún momento, recurrimos a explicaciones conspirativas *micro* en nuestra experiencia cotidiana. Además, el discurso conspiracionista presenta una tendencia expansiva: la minoría *despierta* tiene una vocación discursivamente mayoritaria (“cada vez somos más despiertos”, “hay que despertar al resto”), del mismo modo que las descripciones acerca de la élite oculta acostumbran a sumar cada vez más elementos.

5. Discurso conspiracionista y responsabilidad

El universo conspiracionista se caracteriza además por la articulación continua entre la dimensión subjetiva y la de lo social y lo político. Así, se aprecian afinidades entre la compensación que aporta el conspiracionismo en el plano de la subjetividad frente a la fluctuación o el cambio social acelerado, y la función compensatoria de las élites frente a la inestabilidad intrínseca de la que depende el capitalismo para su evolución. En este sentido, Mark Fisher recuerda en *Realismo Capitalista*, “No hay algo así como una operadora central [...] en el plano del inconsciente político resulta imposible aceptar que no hay nadie a cargo de la situación total” (Fisher, 2016: 99 y s.) y se refiere a “una estructura impersonal que, aunque es capaz de producir todo tipo de efectos, no es capaz de quedar sujeta a responsabilidad” (104). Por tanto, la teoría capitalista fundamentada en las fuerzas invisibles del mercado allana el camino para la interpretación sesgada de la intencionalidad de los hechos, basada en la incapacidad cognitiva de procesar su aleatoriedad. Además, refiriéndose directamente a la cuestión del conspiracionismo, añade Fisher: “Es verdad que hay conspiraciones en el capitalismo, pero el problema es que solo son posibles por las estructuras subyacentes que les permiten funcionar. ¿Alguien cree, por ejemplo, que mejorarían las cosas si reemplazáramos a todos los cuadros gerenciales de las empresas y los bancos con un nuevo conglomerado de ‘mejores personas’? Por el contrario, es obvio que es la estructura la que genera los vicios, y que mientras permanezca, los vicios se reproducirán” (106).

Desde estas bases, las dificultades para identificar en el marco capitalista el sentido preciso de la agencia pueden articularse con las propias de la delimitación de responsabilidades en el paradigma conspiracionista. Ello, deseamos dejar planteado, permite seguir una línea de estudio y de interpretación del fenómeno. De este modo, si atendemos a la función compensatoria de las élites frente a la inestabilidad propia del capitalismo, la existencia de una estructura impersonal productora de

efectos pero incapaz de quedar sujeta a responsabilidad o la imposibilidad de asumir que no hay nadie que ejerza un control global (Fisher, 2016) ¿no estaría justificado indagar en si la teoría de las élites inscrita en las teorías de la conspiración (es decir, la existencia de una élite oculta y secreta que tiende a la omnipotencia y la omnisciencia) cumple con una función teodiceica del conspiracionismo, es decir, de explicación del mal y de exención de responsabilidad con respecto a la estructura anónima e impersonal del capitalismo? En esta línea, algunos autores afirman el carácter cuasi religioso de las teorías de la conspiración debido a que “sus contenidos, formas y funciones contienen paralelismos con las creencias dadas en religiones institucionalizadas” (Franks et al., 2013: 424).

Así, para una comprensión más rica de la cuestión, además de la élite oculta y de la mayoría dividida entre despiertos y dormidos, cabría incidir sobre un tercer elemento: la estructura anónima o impersonal que produce efectos, pero que se zafa de la responsabilidad. La relación de las élites concretas con esta estructura es doble: por un lado, ofrecen una imagen compensatoria de estabilidad y, por otro lado, pueden servirse de ella para conseguir fines cuestionables, sustrayéndose de su responsabilidad. Es en esta brecha donde medra el conspiracionismo al sublimar la inaprehensibilidad de la estructura como opacidad de una élite oculta omnipotente, tachando –no exento absolutamente de razón– a las élites concretas visibles como *marionetas*, pero con un particular modo de imaginar la naturaleza del *master of puppets*: se aleja el foco de la estructura anónima exenta de responsabilidad y se dirige a consolidar la imagen de una élite oculta que maneja los hilos en la sombra. Así, en la forma de una suerte de doble negación, parece certero considerar que el entendimiento conspiracionista de la sociedad —que confronta discursivamente una supuesta élite oculta responsable del Mal (singular y absoluto)— puede suponer un efecto protector de la estructura impersonal que permite que élites concretas eludan, en algún grado, la asunción de responsabilidad sobre los males (plurales y limitados) que ellas mismas podrían causar o permitir.

6. Atracción cognitiva de las teorías de la conspiración

A medida que ha ido avanzando el estudio de estas teorías, se ha hecho cada vez más patente que su capacidad de seducción radica en que conectan con emociones protótipamente humanas y que lo hacen además en momentos en los que las personas necesitan aferrarse a narrativas compensatorias. Son especialmente propensas a extenderse en momentos en los que un acontecimiento (o varios), ya sea un ataque terrorista, el asesinato de una celebridad o un virus, altera la rutina, tranquilidad o sensación de estabilidad de la sociedad, generando indefensión e incertidumbre y la

necesidad de estrategias para adaptarse a una nueva situación. De esta forma, las teorías de la conspiración apelan a una serie de *sesgos cognitivos* que forman parte de la evolución humana en su relación con su entorno. Éstos explican la tendencia humana a economizar tiempo o esfuerzo en la toma de decisiones frente a lo desconocido. Por tanto, apelan a estructuras cognitivas que forman parte de la sensación de control, seguridad o bienestar de las personas.

Uno de los aspectos más complejos de la participación de los sesgos cognitivos en los fenómenos sociales es su relación de codependencia con factores de tipo ambiental y de preferencia subjetiva (Kahneman, Slovic y Tversky, 1982). Así, podríamos decir que, particularmente en el caso del conspiracionismo, los sesgos cognitivos se entrelazan con los sesgos culturales y con los sesgos emocionales. Para cualquiera, puesto que los estímulos no se producen de forma pura o directa, la comprensión de la realidad resulta de la combinación de una serie de limitaciones psicofísicas, el conjunto de mediaciones culturales entre las que nos desenvolvemos y el plano subjetivo de la intención y el deseo. El ser humano, en sus diferentes etapas evolutivas, ha ido estableciendo estrategias mediante las que sentirse al mando de su existencia con respecto a su medio. Cuando ciertos sucesos o la percepción de los mismos (que, y ahora insistiremos sobre este punto, se encuentra socialmente mediada) ponen en peligro esta estructura, se disparan una serie de mecanismos psicológicos destinados a apaciguar el estrés producido por la incertidumbre, diseñar estrategias de supervivencia y retomar la sensación de control. Una de ellas tiene que ver con el consumo de información con la que entender el mundo. Y tanto la información como su consumo son actividades socialmente organizadas a partir de criterios técnicos y valores determinados.

Los modelos de negocio en el sector de las comunicaciones y la información han evolucionado en los últimos años hasta consolidar lo que se conoce como *economía de la atención* (Davenport y Beck, 2018). Una estudiada explotación de las emociones de los usuarios redundará en el crecimiento del tiempo dedicado a consumir contenidos en la red. A mayor intensidad emocional, mayor inversión de atención por parte de la audiencia y, por ende, mayor beneficio económico por parte del productor. Tendríamos un ejemplo aquí de cómo la tendencia instintiva a ocuparnos de más de los estímulos que juzgamos negativos (desagradables, peligrosos, hostiles) se combina con un diseño comunicativo dirigido a exacerbarlos y unos productos ficcionales perfectamente integrados en el contexto de referencia y sus demandas de sentido (Peirano, 2019).

Las teorías de la conspiración ofrecen explicaciones causales sencillas a fenómenos sociológicos, sanitarios, políticos o económicos complejos. Establecen nexos narrativos directos entre eventos y culpables, entre víctimas y verdugos, reduciendo o dejando de lado la complejidad que produce atender a las infinitas variables que conforman la realidad. La ingente cantidad de estímulos y datos que recibimos

constantemente en el contexto digital actual obliga a tomar decisiones que ahorren tiempo y esfuerzo cognitivo. Aunque este mecanismo ha existido siempre, la revolución informativa de las redes sociales ha disparado el consumo sesgado de información. Existe una tendencia natural a escoger la que confirme las propias creencias, ideología o moral, ya que ésta ahorra el malestar que produce sentir que se está equivocado o que existen explicaciones alternativas. Es lo que se denomina razonamiento motivado o *sesgo de confirmación* (Klayman, 1995).

Ante situaciones de peligro, pérdida de control o impotencia, aumenta la necesidad de encontrar información ideológicamente congruente con la que retomar el confort, fortalecer la identidad individual o establecer culpables. Por tanto, estas operaciones tienen efectos sociales performativos inmediatos, reconfigurando, para bien o para mal, las posiciones simbólicas que cada cual ocupa. Las teorías de la conspiración ofrecen la posibilidad de gestionar la pérdida de control ofreciendo relatos maniqueos que:

- 1) confirman las creencias o predisposiciones ideológicas de sus creyentes; establecen culpables claros a los males que les aquejan;
- 2) devuelven a sus creyentes la sensación de protagonismo;
- 3) fortalecen la identidad individual de las personas que han descubierto la conspiración, a la vez que generan comunidades de creyentes.

En definitiva, tienen una función lenitiva o consoladora, pero también –y por eso es fundamental también una sociología del conspiracionismo (Romero Reche, 2023)– son extraordinariamente productivas en cuanto a nuevas formas de socialización, autoridades y distinción.

Otro de los sesgos cognitivos que explican la creencia en estas teorías es el de *reconocimiento de patrones* (Brotherton, 2019). Este sesgo proviene de la necesidad humana de establecer relaciones causales con las que anticipar peligros, establecer estrategias de supervivencia o realizar planes a corto o a largo plazo. Es lo que se llama el *efecto de cebado* (Young, Brown y Ambady, 2012), basado en la asociación de estímulos, de forma que un estímulo es automáticamente enlazado con otro, estableciendo relaciones causales que no pueden concluir. Por eso hablamos también de *universo conspirativo*. Siempre en expansión, esta imposibilidad de cierre se adecua muy bien a la circulación permanente de las conspiraciones en tanto productos en el mercado de la atención y a la propia estructura del deseo, en constante desplazamiento hacia nuevos e infinitos detalles, y cuya satisfacción definitiva es siempre postergada (Blanuša y Hristov, 2020).

El carácter dinámico de las teorías de la conspiración, su plasticidad y facilidad para integrar nuevos elementos con los que adaptarse se apoya igualmente en mecanismos asociativos muy laxos: pues aunque cualquier cosa puede relacionarse con cualquier otra, ello se *confunde* con una necesidad causal. Por otra parte, el efecto cebado tiene como consecuencia la enorme dificultad para cambiar de parecer con respecto a atribuciones conspiracionistas. Al ir relacionando unos hechos con otros sin patrones claros o del todo definidos, la validez de las teorías se prueba por analogía y no por los hechos. Siguiendo esta lógica, no se admiten pruebas *a contrarii*. Con ello, el conspiracionismo refleja un modo de organizar la interpretación de la realidad que va más allá de la apariencia física de la realidad fáctica. En el fondo, cabría argüir, los *hechos alternativos* reflejan también la metafísica propia del universo conspiracionista, en el cual la verdad de las tramas que se denuncian no puede reducirse a los datos y evidencias disponibles.

Las estrategias basadas en el reconocimiento de patrones son enormemente efectivas y necesarias, pues el ser humano pronto aprendió que era mucho más costoso ser incapaz de establecer patrones delante de un peligro que establecer patrones falsos o erróneos. Dicho de otra forma, el no reconocer una amenaza tiene efectos mucho más devastadores que el exagerar o imaginarse una. Así, los seres humanos tendemos a sobreestimar la existencia de patrones o conexiones causales entre estímulos, algo que explica fenómenos como la superstición o las teorías de la conspiración. En el conspiracionismo se conectan constantemente eventos entre sí, de nuevo reduciendo fenómenos complejos a patrones que enlazan eventos a sus perpetradores. Esto también se debe a otro de los sesgos paradigmáticos que explican su creencia, el de la *falacia conjuntiva*. En palabras de Robert Brotherton y Christopher French: “bajo condiciones de incertidumbre, las intuiciones estadísticas de muchas personas están a menudo peleadas con las leyes objetivas de la probabilidad” (2014: 38). Por tanto, se trata de la tendencia exagerada a relacionar dos hechos aislados entre sí, a pensar que son concurrentes cuando no lo son por necesidad. Las ideaciones conspirativas, así como creencia en fenómenos paranormales, tienen un entendimiento sesgado de la aleatoriedad, en el que las coincidencias raramente existen y, por tanto, todo hecho se entiende mejor mediante la conjunción con otro que lo explica. En medio del más absoluto desorden, el conspiracionismo provee de piezas que *encajan*.

Por otra parte, se incurre también en la premisa que establece que no existen eventos que no hayan sido intencionados, que detrás de todo evento tiene que haber alguien que lo haya programado. Es el llamado *sesgo de intencionalidad* (Brotherton y French, 2015). Éste también ahorra a las personas la dificultad que entraña intentar atender sucesos traumáticos desde la imposibilidad de establecer culpables claros, algo que genera la ya mencionada falta de control o incertidumbre. Por tanto, en el caso que nos ocupa, se da una sobreestimación constante de la participación

de otros en los sucesos que los rodean, otorgándoles una agencia aparentemente inexistente. La extensión amplia del sesgo de intencionalidad tiene consecuencias sociales, pues el interpretar la existencia de ciertos fenómenos indeseables como deliberados erosiona la capacidad de confiar en otras personas a la vez que las culpabiliza. Ése es precisamente uno de los rasgos que separan a las personas conspiracionistas, que les incita a dudar constantemente de toda explicación oficial de cualquier evento o suceso ante la creencia de que hay personas que buscan sacar provecho de ellos. A su vez, también tienden a considerar que detrás de cada uno de estos acontecimientos tiene que existir una explicación de la misma magnitud, es decir, que su importancia es directamente proporcional a su explicación. Es el llamado *sesgo de proporcionalidad* (Brotherton y French, 2016). Cuando suceden eventos de gran magnitud, los sesgos de intencionalidad y proporcionalidad plantean la clara injerencia de un grupo considerable de personas poderosas con la capacidad de planearlo y ejecutarlo a gran escala.⁵

7. Grados de conspiracionismo y capacidad retributiva

Cualquiera, a la hora de relacionarse con su entorno, es susceptible de caer en alguno de los mecanismos descritos. Sin embargo, lo que singulariza el universo conspirativo es que estas pautas rigen la forma en la que las personas dan sentido a la información que les llega, a sus relaciones sociales y al mundo en el que viven, lo que a su vez les distingue con claridad de los eventuales defensores de una teoría de la conspiración en particular. Hablaríamos en este último caso de *conspiracionismo en sentido débil o de segundo grado*. Un conspiracionismo contextual y circunscrito a una teoría de la conspiración específica, en lugar de vinculado a toda una cosmovisión. Al fin y al cabo, la evidencia histórica de que en el pasado se han producido conspiraciones permite pensar que también en el presente pueda ocurrir lo mismo. La cuestión estriba en que el *conspiracionismo en sentido fuerte* toma esa posibilidad como una certidumbre en la que la falta de evidencias es compensada por una convicción íntima que no tiene por qué detenerse en los hechos, pues apunta a *sentimientos de verdad* más profundos. Ello explicaría la otra gran diferencia entre el conspiracionismo en sentido fuerte y la mera creencia en una teoría de la conspiración: en el primero de los casos, la creencia atraviesa una pléyade de conspiraciones,

⁵ Un ejemplo actual es la Teoría del Gran Reemplazo, según la cual las élites progresistas occidentales buscarían perpetuarse en el poder mediante la progresiva eliminación de la población blanca en favor de una inmigración descontrolada (Camus, 2012). Esta teoría ha tenido un gran impacto tanto en movimientos de extrema derecha –motivando ataques terroristas como los de Oslo en 2011 o Christchurch en 2019–, como en partidos de derecha populista (Ekman, 2022).

unidas por una misma lógica y por esa verdad remota a la que se accede, la comprensión de los mecanismos de la injusticia y el mal.

No se trata de que apliquen uno de los sesgos cognitivos anteriormente explicados de forma esporádica, sino de que estos sesgos influyen decisivamente en su forma de relacionarse con el mundo. Existe en ellos una necesidad constante de desconfiar de las fuentes de información establecidas, de las autoridades que les rodean, e incluso de las personas de su entorno más cercano. Esta entrega absoluta a la cosmovisión conspiracionista es definida en la literatura como ideación conspirativa o *conspiracy thinking* (Zonis y Joseph, 1994). Conlleva una visión e interpretación del mundo dominada por la creencia que todas las instituciones encargadas de generar conocimiento o transmitir información están involucradas en el engaño permanente de la población. Constituye, en consecuencia, la esencia epistémica que marca el conspiracionismo fuerte. Explica además la creencia en varias teorías de la conspiración a la vez, incluso cuando dos o varias de estas creencias se anulen o contradigan entre sí (Wood et al., 2012). Dicha desconfianza epistémica tiene la capacidad de anular aquella lógica que lleva a descartar narrativas contradictorias. Por tanto, una interpretación por sus efectos del conspiracionismo en sentido fuerte tendría que ver con la intensidad de la creencia y la disposición a que una (o más teorías) dominen la vida del creyente, con hasta qué punto la persona en cuestión está dispuesta a actuar en consonancia a la/s teoría/s de la conspiración. Algo que conecta con el sesgo de intencionalidad anteriormente mencionado.

En definitiva, las teorías de la conspiración conectan con una forma determinada de ver el mundo porque ofrecen respuestas claras, sencillas e irrefutables a sus inquietudes. De ahí la importancia de incidir también en los aspectos gratificantes para la subjetividad conspiracionista. Primero, el *hedonismo cognitivo* (Ibáñez, 2017: 33), el goce derivado de la confirmación, del acceso privilegiado a verdades más profundas que las que la gran mayoría puede distinguir. Segundo, el conjunto de retribuciones emocionales derivadas de no caer en los engaños, el goce de descubrir la mentira (López Alós y Ureña Salcedo, 2022). Ambas recompensas les permiten a los sujetos sentirse especiales cuando percibían que habían dejado de serlo, iluminando sus vidas mediante relatos que coinciden con sus creencias, fortalecen sus identidades, reducen su malestar social o cognitivo y les colocan en una narrativa que promete devolverles el protagonismo que ellos sienten que merecen. Las teorías de la conspiración favorecen la ilusión de control, reduciendo todos aquellos elementos azarosos o que están fuera de su ámbito de decisión a historias en las que se tienen que posicionar. Es aquí, en la articulación de estos aspectos con las retribuciones simbólicas de tipo social a las que antes aludíamos, donde las teorías de la conspiración tienen la capacidad de volverse extraordinariamente sugestivas.

Para la subjetividad conspiracionista, siempre será más atractivo pensar que la responsabilidad del mal recaerá sobre fuerzas no tan impersonales como la acción devastadora de una pandemia, de una emergencia climática o de la propia lógica voraz del capitalismo. Por eso, puede protestar amargamente contra oscuras y diabólicas redes secretas de pedofilia que se ocultan tras las fachadas de gobiernos, organizaciones internacionales o del mundo del entretenimiento y la cultura *mainstream*, mientras que condona, ya sea implícitamente, la ruina real y el sacrificio en primer plano de millones de nuevas vidas humanas al negar o cuestionar la existencia de la crisis climática, la pandemia de COVID-19 u otros eventos globales⁶.

En la creación de un enemigo último identificable, se satisface el anhelo narcisista y maniqueo de establecer una batalla que devuelve al individuo conspiracionista al centro del discurso político y confiere sentido y trascendencia a su vida. Por esta misma razón, es pertinente abordar la cuestión del conspiracionismo y las teorías de la conspiración en tanto que modos determinados de encriptar —ya sea de forma desfigurada— malestares y miedos sociales reales, que, sin embargo (convendría, asimismo, preguntarse por qué), para muchas personas no son capaces de encontrar otras formas de articulación que resulten más atrayentes.

8. Conclusiones

Si reconocemos que se trata de un fenómeno complejo con implicaciones y consecuencias que a menudo desbordan lo previsible, parece razonable defender un abordaje interdisciplinar del conspiracionismo que procure dar cuenta de esa pluralidad de componentes (psicológicos, históricos, sociológicos, epistemológicos, antropológicos y, por supuesto, políticos). En consecuencia, nuestro propósito en este artículo ha sido el de aportar herramientas intelectuales con las que reflexionar acerca del universo conspirativo. Para ello, hemos empezado subrayando la importancia de una definición que recoja todos los elementos presentes en la conspiración, resaltando la relación entre la plausibilidad histórica de aquellos que se conjuran para llevar a cabo una acción secreta en su propio beneficio, y aquellas personas que asumen una ontología hiperrealista del conspiracionismo en la relación con su entorno. De esta forma, hemos hecho hincapié en la importancia de huir de lecturas patologizadoras de las teorías de la conspiración, que marginen a aquellas personas que se adentran en su universo a una consideración enfermiza o psicótica. Los sesgos cognitivos o emocionales que explican la creencia en estas teorías son recursos prototípicamente humanos, derivados de su proceso evolutivo y su adaptación a un entorno en permanente cambio. No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de las personas

⁶ Pueden encontrarse ejemplos de contenido conspiracionista y negacionista incluso de la invasión rusa de Ucrania (Perelló, 2013).

hayan coqueteado con al menos una teoría de la conspiración, o apliquen un prisma conspiracionista ante sucesos disruptivos alguna vez en su vida.

Sin embargo, lo que distingue al conspiracionismo fuerte de tentaciones o enfoques puntuales es la entrega absoluta de las personas que se adentran en él. En este caso, los atajos cognitivos no son herramientas esporádicas con las que enfrentar situaciones concretas, sino que se convierten en bisagras de la cosmovisión conspiracionista. El consumo de información se ve marcado por el anhelo de llegar a conclusiones motivadas, satisfactorias con la existencia de la conspiración. La aleatoriedad de los hechos resulta imposible, alguien actúa en la sombra en su propio beneficio y perjuicio de la mayoría. La magnitud de un suceso debe tener de forma irrevocable una explicación dimensionalmente a la par. Los acontecimientos responden a patrones ocultos a la mayoría de las personas, incapaces de procesar su correlación. La ideación conspirativa implica, por tanto, una rendición absoluta y permanente a la sospecha, la desconfianza y el rechazo de las fuentes oficiales de conocimiento o información. Así, se genera una nueva identidad de grupo marcada por esta cosmovisión, en permanente revisión y transformación de un panorama insatisfactorio. Frente a la tiranía de los hechos, el conspiracionismo ofrece a sus creyentes respuestas sencillas ante la inestabilidad e incertidumbre inherentes al sistema capitalista. Es aquí donde prospera su discurso maniqueo, que contrapone a una minoría despierta y sedienta de respuestas, con unas élites situadas entre la opacidad y la transparencia. También enfrenta a esta minoría, aristócrata moral, con una masa de personas ignorantes, indulgentes o facilitadoras de la conspiración.

Frente a eventos o dinámicas sociohistóricas indeseadas, la visión conspiracionista (fuerte) puede resultar políticamente contraproducente, al ocultar discursivamente sus causas reales y concretas y, por tanto, limitadas (estructura impersonal, élites concretas con un desempeño negligente o cuestionable) mediante la pantalla de una élite oculta que lo puede y lo sabe casi todo. En su propósito declarado de ir al fondo oculto (una especie de ultrafondo, más allá del fondo aparente) de la cuestión, se desprecian realidades intermedias y se estimula el deseo de un responsable último y absoluto de forma que responsabilidades más parciales y acotadas (más reales, después de todo) pueden ser eludidas. Parece útil, por tanto, *sospechar de la sospecha* y plantear analíticamente una visión no conspiracionista de las élites, que puede coincidir en parte con las descripciones de la élite oculta del conspiracionismo, pero cuyas decisiones, actos y motivaciones se imbrican en una red compleja que desborda y en ocasiones contradice las descripciones maestras del conspiracionismo: no todo es parte de un plan maestro, no todo está conectado, las casualidades existen y, a veces, las cosas son lo que parecen (Barkun, 2013). Todo lo cual sirve para examinar en qué medida la *élite oculta* funciona como un elemento discursivo atractor de los reclamos de responsabilidad derivados de los actos fallidos, impotentes o incoherentes de élites concretas y reales, así como de los efectos indeseables

del propio funcionamiento de la estructura anónima que les permite operar. Por ello, cabría tomar en consideración la pluralidad, las divisiones, la impotencia y la ignorancia del poder y las élites, las cuales quedan a menudo veladas en el discurso conspiracionista, invertidas en forma de aciertos, planes deseados u organización eficiente y eficaz de una élite enemiga secreta.

Referencias

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. Guillermo Solana. Madrid: Taurus.
- Barkun, M. (2013). *A culture of conspiracy. Apocalyptic visions in contemporary America*. Berkeley: University of California Press. DOI: <https://doi.org/10.1525/9780520956520>
- Blanuša, N. y T. Hristov. (2020). Psychoanalysis, critical theory & conspiracy theory. En M. Butter, y P.Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories* (pp.67-80). New York: Routledge.
- Blumenberg, H. (2003). *Trabajo sobre el mito*. Barcelona: Paidós.
- Brotherton, R. (2019). The Psychology of Conspiracy Theories: The Role of Pattern Perception. En Vasu, N., And, B., Jayakumar, S. (Eds.), *DRUMS: Distortions, Rumours, Untruths, Misinformation, and Smears* (pp. 3-15). World Scientific. DOI: https://doi.org/10.1142/9789813274853_0002
- Brotherton, R. y C. C. French. (2014). Belief in conspiracy theories and susceptibility to the conjunction fallacy. *Applied Cognitive Psychology*, 28(2), pp. 238-248. DOI: <https://psycnet.apa.org/doi/10.1002/acp.2995>
- Brotherton, R., & French, C. C. (2015). Intention seekers: Conspiracist ideation and biased attributions of intentionality. *Plos one*, 10(5), e0124125. DOI: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0124125>
- Brotherton, R. y French, C. C. (2016). Conspiracy theories. En D. Groome y R. Roberts (Eds.), *Parapsychology: The science of unusual experience* (pp. 174-192). London: Routledge.

- Butter, M. y P. Knight (eds.) (2020). *Routledge handbook of conspiracy theories*. New York: Routledge.
- Camus, R. (2012). *The great replacement*.
- Castillón, J. C. (2006). *Amos del mundo. Una historia de las conspiraciones*. Barcelona: Debate.
- Cichocka, A., Marchlewska, M. y Biddlestone, M. (2022). Why do narcissists find conspiracy theories so appealing? *Current Opinion in Psychology*, 47. Article 101386. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101386>
- Davenport, T. H. y J. C. Beck. 2018. The Attention economy. *Ubiquity*, 2001, May, pp. 1–es. DOI: <https://doi.org/10.1145/376625.376626>
- Ekman, M. (2022). The great replacement: Strategic mainstreaming of far-right conspiracy claims. *Convergence*, 28(4), 1127-1143.
- Fenster, M. (2008). *Conspiracy theories: secrecy and power in American culture*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?* Trad. Claudio Iglesias. Buenos Aires: Caja Negra.
- Franks, B., Bangerter, A. y M. W. Bauer (2013). Conspiracy theories as quasi-religious mentality: an integrated account from cognitive science, social representations theory, and frame theory. *Frontiers in Psychology*. 4:424. DOI: <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2013.00424>
- Han, B.-Ch. (2013). *La sociedad de la transparencia*, trad. Raúl Gabás. Barcelona: Herder.
- Hofstadter, R. (2012). *The paranoid style in American politics*. New York: Vintage.
- Ibáñez Fanés, J. (2017). *En la era de la posverdad. 14 ensayos*. Barcelona: Calambur.

- Jameson, F. (1998). Cognitive mapping. En C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture* (pp. 347-358). Basingstoke: Macmillan.
- Kahneman, D., Slovic, P., & Tversky, A. (Eds.). (1982). *Judgment under uncertainty: Heuristics and biases*. Nueva York: Cambridge University Press. DOI: <https://doi.org/10.1017/CBO9780511809477>
- Klayman, J. (1995). Varieties of confirmation bias. *Psychology of learning and motivation*, 32, pp. 385-418. DOI: [https://doi.org/10.1016/S0079-7421\(08\)60315-1](https://doi.org/10.1016/S0079-7421(08)60315-1)
- Knight, P. (2000), *Conspiracy culture: from the Kennedy Assassination to 'The X-Files'*. London: Routledge.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. N. Smilg. Barceloa: Paidós.
- Kunda, Z. (1990). The case for motivated reasoning. *Psychological bulletin*, 108(3), pp. 480-498. DOI: <https://psycnet.apa.org/doi/10.1037/0033-2909.108.3.480>
- Leone, M., Madisson, M. y Ventsel, A. (2020). Semiotic approaches to conspiracy theories. En M. Butter, y P. Knight (eds.) *Routledge handbook of conspiracy theories*. New York: Routledge. DOI: <http://dx.doi.org/10.4324/9780429020384-4>
- López Alós, J. y J. Ureña Salcedo (2022). Conspiracionismo y deseo. El goce de descubrir la mentira. *El Salto – El Rumor de las Multitudes*, 3 de junio. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/conspiracionismo-y-deseo-el-goce-de-descubrir-la-mentira>
- Moreira Alonso, J. (2023). *Teoría y praxis de la conspiración: Blogs y sitios de teorías conspirativas en castellano*. Tesis de Doctorado para obtener el título de Doctor en Comunicación Social, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba (inérita). Disponible en Repositorio Digital Universitario: <https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/549684>
- Peirano, M. (2019). *El enemigo conoce el sistema: Manipulación de ideas, personas e influencias después de la economía de la atención*. Madrid: Debate.

- Perelló, B. (2023). Los bulos y conspiraciones que usan imágenes de la reconstrucción de Ucrania para afirmar que la guerra es falsa. En *Newtral*. Disponible en: <https://www.newtral.es/bulos-reconstruccion-edificios-ucrania/20230302/>
- Rabo, A. (2020). "Conspiracy theory as an occult conspiracy in Anthropology". En M. Butter y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*. New York: Routledge.
- Ramonet, I. (2022). *La era del conspiracionismo: Trump, el culto a la mentira y el conspiracionismo*. Madrid: Clave Intelectual.
- Romero Reche, A. (2023). *Sociología de las teorías de la conspiración*. Madrid: Síntesis.
- Smallpage, S., Drochon, H., Uscinski, J. E. y Klofstad, C. (2020). Who are the Conspiracy Theorists? Demographics and conspiracy theories (pp. 263-277). En M. Butter, y P. Knight (eds.), *Routledge handbook of conspiracy theories*. New York: Routledge.
- Sunstein, C., Vermeule, A. (2009). Conspiracy Theories. *Journal of Political Philosophy*, 17(2), 2009, pp. 202-227. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9760.2008.00325.x>
- West, H. G., Sanders, T. (Eds.). (2003). *Transparency and conspiracy: Ethnographies of suspicion in the new world order*. Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822384854>
- Wood, M. J., Douglas, K. M., & Sutton, R. M. (2012). Dead and alive: Beliefs in contradictory conspiracy theories. *Social psychological and personality science*, 3(6), pp. 767-773. DOI: <https://doi.org/10.1177/1948550611434786>
- Young, S. G., Brown, C. M., & Ambady, N. (2012). Priming a natural or human-made environment directs attention to context-congruent threatening stimuli. *Cognition & emotion*, 26(5), pp. 927-933. DOI: <https://psycnet.apa.org/doi/10.1080/02699931.2011.625399>
- Zonis, M., & Joseph, C. M. (1994). Conspiracy thinking in the Middle East. *Political Psychology*, pp. 443-459.